

**FILOSOFÍA PARA LA CRISIS: RESPUESTA A
“JEAN-JACQUES ROUSSEAU:
EL ILUSTRADO ATÍPICO Y LAS ENCRUCIJADAS
DE LA MODERNIDAD”
DE ROBERTO R. ARAMAYO**

Julio Quesada
Universidad Veracruzana

A Juan Álvarez-Cienfuegos, compañero en Valencia
recuperado en México: con admiración y afecto.

Esto no es una respuesta. Se trata de unas reflexiones muy fragmentarias ocasionadas por un excelente artículo que *Devenires* me hizo el honor de tener que leer. Sí, así fue y entro en materia. Al menos para mí, resulta una carga muy pesada tener que dejar lo que estás haciendo con tanto amor propio para leer un artículo y evaluarlo. Si lo lees con atención, con rigurosidad, no te queda más remedio que (hablo sólo de mí) releerlo como unas siete veces. Vas tomando notas, referencias, intentas ver el hilo conductor y reconocer, por encima de los autores, la propia voz del que firma el artículo que ha mandado para ser publicado. Mientras tanto, tienes clases, sigues con tus propias urgencias, en fin, el artículo a evaluar se te transforma en un Gadiana que aparece y desaparece de tu mesa de estudio. Y hasta te entra mala conciencia, y hasta, a veces, te pones en el pellejo del editor y,

sobre todo, del autor que estará esperando con urgencia el veredicto de la prestigiosa revista *Devenires*. Y se te va el día y el semestre.

Hasta que en la octava leída y, en mi caso, cuarta escucha, bendita sea la técnica, diga el nazi de Heidegger lo que diga, el cuerpo se enerva, se tensa, y ese que vive conmigo y me roba todo, hasta el café, que decía el Franco bueno, Franco Vatiato, escucha por fin y se le alegra el corazón ante un trabajo tan digno intelectualmente y tan necesario en tiempos de crisis. Hace falta valor, en el marco de una universidad hermenéutica sin ética, para defender la crisis de la modernidad, la crisis de Rousseau. Aquí ya no se trata del Habla que habla, ni del claro del bosque o *Lichtung* como teoría de la verdad del ser de los pueblos históricos o metafísicos con derecho a la existencia. Pero, qué valor, ¿caso se puede pensar en alguna otra lengua que no sea el alemán? Si la crisis del espíritu europeo, que es de lo que habla realmente Rousseau, tiene que ver con la absoluta falta de sensibilidad moral de la razón, ya ilustrada y progresista, bien romántica y nacionalista, si de lo que se trata es de escuchar la voz de la piedad hacia el otro, entonces hay, como nos propone, que leer en francés. En efecto, si de lo que se trata en filosofía es de rechazar y estar alertas ante lo que nos anestesia moralmente desde la propia razón, “La razón produce monstruos” (Goya), entonces tenemos que prestar más atención a la lengua de Miguel de Montaigne y no menos atención a la lengua de Miguel de Cervantes. Siempre y cuando, claro está, el centro de gravedad de la filosofía no le haya dado la espalda a su suelo natal, la vida humana, en beneficio de los monstruos de la razón técnico-burocrática colonialistas o de los monstruos de la hermenéutica del origen racial.

Viene muy a cuento defender, como hace esta lectura, a un Rousseau que como la propia (vilipendiada) modernidad es batalla y campo de batalla. No sueña Rousseau con una vuelta a la naturaleza o al origen despreciando a la ciudadanía. Ni Voltaire, ni Marx, supieron poner el oído en el corazón del legado rousseauiano. Sólo se acerca más Kant con su “insociable sociabilidad” y, sobre todo, con la tercera Crítica en donde el esplendor pluralmente infinito de la naturaleza salvaje, frente a la exacta geometría de los jardines de Versalles, basta para llenar el corazón del hombre de una inmensa alegría ante la multiplicidad del mundo y no sólo del animal. Esta alegría por la pluralidad del mundo es lo que hace del juicio estético un juicio moral que

conecta sensibilidad con entendimiento a través de una imaginación que nos hace salir de nosotros mismos. Pero, y como nos ha ayudado a comprender el artículo a evaluar, es en Rousseau en donde esta imaginación toma la palabra para reubicar el centro de gravedad de la filosofía en la propia vida humana, contingente a diferencia de los números y sus rectas líneas del espíritu. El postulado revolucionario ilustrado de 1789, *Liberté-Fraternité-Egalité*, falló porque, como en las demás revoluciones modernas, y tanto para el totalitarismo soviético como para el totalitarismo nazi, faltó simple y llanamente la esencia de la vida humana buena, lo que Rousseau denominó intempestivamente: "piedad". Es cierto que Rousseau inspiró al espíritu de la revolución francesa pero no a la guillotina como dueña y señora de la misma. Y, de hecho, cualquiera puede comprobar que sobre la primera y la última norma republicana se han escritos miles y miles de páginas; no así con la Fraternidad. ¿Por qué? Puede que la clave nos la dé Rousseau en lo que no hemos leído de él y que este trabajo de investigación alumbra. Eso que le escribe a Sophie (por favor, relea el artículo del que hablamos) en la intimidad de una confesión amorosa me pone en la pista de que, posiblemente, la teoría política de Rousseau, a la luz de los inéditos (hasta ahora), sobrepasa la metáfora hobbesiana del "cuerpo político" en cuyo Leviatán no puede haber piedad sino rigurosa conformación normativa de la violencia centrífuga de los salvajes. Ahora bien, si la razón tiene que ceder su apriorismo teórico en aras del práctico o moral: el individuo siempre es un fin en sí mismo y nunca un mero medio, cabe repensar a Kant desde este Rousseau en el sentido de que la base del imperativo categórico es de orden emocional. Para que nuestro corazón quiera realizar vitalmente ese imperativo tiene que hacer un acto de fe muy grande: ponerse en el pellejo del otro al margen de su sexo, cultura, religión, lengua o raza. Esto es, así como la risa es contagiosa, también lo puede ser aún más profundamente el dolor ajeno.

No, definitivamente el de Ginebra nunca quiso volver a la naturaleza para vivir como los osos. Pero sí nos alertó en pleno siglo de las Luces de los monstruos que puede producir la razón. El monstruo más frío de todos los monstruos puede que sea, adelantándose a Nietzsche, el Estado del que decía Zaratustra que era "La inmoralidad organizada". Rousseau, sin embargo, quiere que miremos hacia atrás no para echarnos en cara nuestros

distintos “orígenes” en el sentido alemán de *Ursprung* con el que unas razas se atrincheran inmunitariamente contra otras, sino para recuperar un determinado equilibrio entre los dos sentimientos naturales más poderosos: el instinto de conservación y la piedad. El Estado, la sociedad civil, habría ido anestesiando la piedad animal o natural, la repugnancia natural a contemplar el dolor ajeno; mientras que al ciudadano se le educa en el amor propio, por ejemplo en tanto “autor” de ideas originalísimas y tan propiamente propias que están filosóficamente a punto de socavar un abismo insondable, solipsista a rabiar, entre el individuo y la sociedad, entre el yo y la gente. Qué razón tiene, entonces, este renovado Rousseau: nuestras Universidades e Institutos tan flamantes sólo dan de sí “tristes razonadores” capacitados profesionalmente, súper especializados, para lo que Henri Meschonnic (*Heidegger o el nacional-esencialismo*, Arena Libros, Madrid, 2009) ha denominado recientemente como “esa pequeña maravilla de cobardía intelectual capaz de separar el pensamiento de la vida de un autor”.

¿Y aún nos quejamos de la crisis? Lo sabemos desde hace mucho tiempo: la crisis siempre la pagan los que menos tienen. En efecto, el Estado que tanto habla de la crisis y de los necesarios ajustes que deben hacer los ciudadanos es el Estado o la inmoralidad de la crisis organizada para que el rico siga siendo más rico y el pobre aún (si cabe) más pobre. He ahí desvelado el pacto social entre ricos y pobres en plena crisis. Parece increíble pero los gobiernos tienen más piedad hacia los bancos que hacia los que están a punto de ser expropiados de sus viviendas por no poder pagar la hipoteca.

Desde esta atalaya de interpretación nos vemos obligados, como apunta..., a llevar a cabo una lectura rousseauiana de Kant.

Sapere aude! fue el lema que en 1784 daba Kant a la Ilustración: *¡Atrévete a servirte de tu propio entendimiento!* Desde una lectura puramente ilustrada parecería que Kant antepone como educación ilustrada, revolucionaria, el utilizar los conocimientos alcanzados en el siglo XVIII, desde escribir hasta mirar por un telescopio. Obvio resulta recordar que no hay razón pura sin libertad de prensa, de religión, de opinión. Ahora bien, creo que en ese lema se nos ha olvidado a Rousseau quien, por encima del siglo de la Razón y sus adelantos y portentos, asoma su rostro indicando que Kant, su lector, no está pidiendo más “conocimientos” (del tipo que sean), sino algo que tiene

que ver con la pasión y los sentimientos: valor, ánimo (*Gemüt*) que ninguna fórmula físico-matemática, ninguna esencia trascendental, ningún manual de filosofía, logra enseñar.

También desde esta lectura nuestra "minoría de edad" adquiere una nueva luz porque pasar de súbditos a ciudadanos es, y con más razón, un ejercicio moral. En lo que respecta a la piedad hacia el sufrimiento ajeno seguimos siendo rematadamente menores de edad. Tal vez estemos a gusto con la crisis y ninguna filosofía sirva para salir de nosotros mismos. El Estado hará lo imposible para que el de siempre en minoría de edad se acerque a la crisis a través de Internet. Es suficiente. Por esta razón, las palabras de Kant-Rousseau se nos han vuelto de tanta actualidad:

Pero oigo exclamar por doquier: ¡no razones! El oficial dice: ¡no razones, adiéstrate! El financista: ¡no razones y paga! El pastor: ¡no razones, ten fe! (Un único señor dice el mundo: ¡razonad todo lo que queráis y sobre lo que queráis, pero obedeced!).¹

Filósofos: un esfuerzo más. ¿En qué ha cambiado filosóficamente nuestras vidas? En este punto retomo la metáfora del cuerpo político de Hobbes para concluir. Fuera posible que Rousseau ya no estuviera anclado, como sus contemporáneos, en una estrategia corporal de la política; planteamiento que quiso someter a toda costa a la naturaleza humana dentro del uniforme de una ciudadanía que razona en la medida en que obedece.

Notas

¹ Immanuel Kant: "Respuesta a la pregunta ¿qué es la Ilustración?", en *Filosofía de la historia*, Traducción y Estudio Preliminar de Emilio Estiú, Editorial Nova, Buenos Aires, 1964, p. 60.